

TESTIGOS CREÍBLES DE LA RESURRECCIÓN

Emperatriz Arrobo ss.cc
Superiora General

INFO SS.CC. HERMANAS N°25 – 21 DE ABRIL 2015

COMUNIDADES PASCUALES



Nuevamente el Señor nos regala la gran oportunidad de vivir este tiempo pascual a la luz de su Resurrección. Un tiempo de gracia, en el que somos llamadas a dejarnos recrear por el Espíritu y por la presencia de Cristo resucitado en medio de nosotras. Los evangelios de cada día, nos van iluminando e inspirando para esta vivencia pascual, conduciéndonos inevitablemente al encuentro con Cristo Resucitado.

Uno de los primeros relatos evangélicos de la resurrección, nos habla del encuentro de María Magdalena con el Resucitado. En un primer momento ella busca a un Jesús muerto, “*Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?...*” (Jn 20, 15-18). María buscaba a aquel Jesús que ella conocía y a quien había seguido durante tres años. María conversa con Jesús sin reconocerle, ella sigue buscando a Jesús del pasado, el mismo de tres días antes. Es la imagen de Jesús del pasado, la que le impide reconocer a Jesús resucitado, presente delante de ella. Cuantas veces, Jesús se pone delante de nosotras y nos repite la misma pregunta: *¿A quién buscas?*. Y cuantas veces como María Magdalena, no somos capaces de reconocerle.

Jesús acompaña el proceso de fe de María Magdalena y le dice. “*María*”, cuando ella escucha su nombre, se le abren los oídos y descubre al maestro: “*Rabboní*”. Este es el momento que Jesús le encarga la hermosa misión de ser la primera testigo de la resurrección, ante el resto de los discípulos: “*anda, vete y diles a mis hermanos...*” y también es el momento de la respuesta alegre de María Magdalena: “*he visto al Señor...*”. A lo mejor nos hemos acostumbrado a pensar, que la resurrección, es una realidad que nos espera después de la muerte y perdemos de vista, que la resurrección es entrar “más” en la vida, es acoger la invitación de Jesús a resucitar cada día en Él y con Él, y desde esta experiencia ser enviadas a anunciar con alegría el Evangelio.

la resurrección es entrar “más” en la vida, es acoger la invitación de Jesús a resucitar cada día en Él y con Él, y desde esta experiencia ser enviadas a anunciar con alegría el Evangelio.

La Iglesia a través del Papa Francisco, nos está llamando constantemente a vivir nuestra consagración desde la alegría, “*la belleza de la vida consagrada es la alegría*”, y la alegría es un signo claro de la Resurrección. Nuestra Congregación a través de las decisiones del 35° Capítulo General, también nos hace un llamado fuerte a “elegir la vida”; en términos pascuales diríamos, a vivir con un corazón y espíritu resucitados, y ser comunidades transformadas por la fuerza del Espíritu.

En varias narraciones pascuales del evangelio, podemos ver que Jesús resucitado se aparece a la comunidad reunida, y es en la comunidad donde los discípulos experimentan la fuerza que los lanza a salir y anunciar a Jesús resucitado. Sería bueno preguntarnos ¿son nuestras comunidades, “comunidades pascuales”? ¿qué actitudes nuestras, hablan y dan testimonio de la resurrección?

También a nosotras en algún momento de nuestra vida personal y comunitaria, nos pueden llegar fuertemente estas palabras: “¿*Por qué buscan entre los muertos al que está vivo*”? (Lc 24, 5). También nosotras podemos estar buscando a Jesús entre los muertos, donde nunca lo vamos a encontrar, porque Él está vivo en medio de nosotras. Él no terminó en la cruz, sino en la Resurrección. Nuestra fe no es sólo de Viernes Santo, sino y sobre todo de Domingo de Resurrección.

¿son nuestras comunidades, “comunidades pascuales”? ¿qué actitudes nuestras, hablan y dan testimonio de la resurrección?

No nos extrañemos que en nuestras comunidades, muchas veces nos encontremos buscando la muerte en lugar de buscar y “elegir la vida”, gastándonos y desgastándonos en aquello que no nos da vida o que nos la quita. Nuestra vocación y misión SS.CC. nos llama a ser comunidades

pascuales, capaces de elegir la vida en cada momento a pesar de las dificultades del camino. Una vida que no es para que se quede en nosotras, sino para entregarla en el anuncio del resucitado, como María Magdalena.

Nuestras Constituciones nos dicen: “*conscientes del poder del mal que se opone al poder del Padre y desfigura su designio sobre el mundo, queremos identificarnos con la actitud y obra reparadora de Jesús. Nuestra reparación es comunión con Él... y nos hace participar en la misión de Cristo resucitado*” (Const. 4). Nuestro carisma de reparación, tiene mucho que aportar a nuestro mundo actual, donde el odio, la violencia, la destrucción y la muerte, se han convertido en la noticia cotidiana.

Durante este tiempo, estamos invitadas a revisar nuestras presencias y obras, donde tendremos la oportunidad de descubrir, cómo estamos participando en la misión reparadora de Cristo resucitado, tanto al interior de la comunidad como en el servicio a la misión.

En el proceso que estamos viviendo, uno de nuestros desafíos, es recrear y revitalizar la vida de nuestras comunidades. Es en la comunidad donde descubrimos la presencia de Jesús resucitado, “*donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*” (Mt 18, 20). Es la comunidad, la que recibe la misión de anunciar la Buena Noticia; la tarea más importante de la comunidad, es hacer visible el amor de Dios “*único que repara, libera, y reconcilia plenamente*” (Const. 57). Si de verdad queremos identificarnos con la actitud y obra reparadoras de Jesús, necesitamos hacer de nuestras comunidades, comunidades humanas y humanizadoras, reparadas y reparadoras, resucitadas y resucitadoras. Comunidades decididas a pasar de la muerte a la vida, en el diario vivir.

Necesitamos como María Magdalena, dejarnos sorprender por Jesús resucitado y pedirle que repare nuestra vida, transformando nuestras heridas y signos de muerte en vida abundante.

No siempre nuestras comunidades son comunidades pascales, porque algunas veces, no aceptamos morir a nuestros temores, tristezas, desconfianzas, egoísmos, dudas, desesperanzas... para resucitar a la paz, al perdón, a la fe, a la esperanza, a la alegría, al amor...

Necesitamos como María Magdalena, dejarnos sorprender por Jesús resucitado y pedirle que repare nuestra vida, transformando nuestras heridas y signos de muerte en vida abundante.

Necesitamos pedirle al Señor, que nos enseñe a confiar más en su amor y fidelidad que en nuestras fuerzas, que nos acompañe en el camino para no temer al cansancio, que nos guíe con su luz para descubrir el camino, que nos libere, que nos sane y nos repare con su amor.

Necesitamos pedir a Jesús, que nos invite a salir de los espacios donde estamos seguras, porque Él nos quiere de pie y en marcha, para ir a Galilea allí donde el corazón humano necesita reparación, *“Vayan a Galilea, allí me verán”* (Mt 28, 10); como nos dice el Papa Francisco: *“volver a Galilea, a ese punto incandescente en que la gracia de Dios me tocó al comienzo del camino. Con esa chispa puedo encender el fuego para hoy, para cada día, y llevar calor y luz a mis hermanos y hermanas. Con esa chispa se enciende una alegría humilde, una alegría que no ofende el dolor y la desesperación, una alegría buena y serena”*.

Acojamos la gracia de la Resurrección de Cristo y dejemos que su fuerza transformadora, convierta nuestras vidas y nuestras comunidades en testigos creíbles de su Resurrección.